

dís y a ratos un punto de barra que sabe ser fino. En cambio, Silverín, el tamborilero de Segovia, anduvo cuarenta y ocho horas sin saber exactamente qué hacía. Recordaba vagamente que en un tiempo embarcó, pero sin precisar con qué rumbo, ni cuándo, ni dónde, ni nada.

En cuanto a las chicas, las hubo verdaderamente valerosas. Subían y bajaban las escaleras interiores cargadas de bandejas con socorro para las más agónicas. Daban vueltas y revueltas, eran como un caritativo azogue y no se mareaban ni un poco. Pero, en general, aquellos dos primeros días, más o menos, picó casi todo el mundo. Se notó más el azote en los grupos de Huesca, Badajoz y San Sebastián. Hice notar que el mareo de las donostiaras era noticia, y las chicharronas del Norte me amenazaron con fieros males si comunicaba tal novedad a mis periódicos. El periodismo, amigos, está lleno de silenciosos e inconcebibles sacrificios, y entonces yo fui digno de mi profesión. En cuanto a las demás, les traía completamente al fresco el que se supiese lo mucho o lo poco que se habían mareado.

Consuelo Cavestany, ágil e inquieta como un grumete y gruñona como un nostramo de opereta, explicaba su resistencia de lobo de mar.

—Bueno, es que yo tengo un hermano alférez de navío y otro en Marina...

—Así, cualquiera, claro —comentaban las demás en un respiro.

Nuestra mesa no puso el completo ninguno de aquellos dos días, cosa que iba a suceder con cierta frecuencia a lo largo del viaje. El capitán tenía una sonrisa compasiva y socarrona, y el padre Figar contaba sus navegaciones por el mar de la China. París es gallega y ha vivido en Canarias, de manera que no se hace necesario decir lo

bien que se encontraba en torno a la alborotada Marola, que, según el «capitán», no lo es tanto. Pilar Cardama, la delegada de Pontevedra y administradora del viaje, conservaba, junto a esa frigidéz mental que caracteriza a quienes saben llevar la contabilidad por partida doble, el buen estómago de una viguesa. Mercedes debía tener también bolita de acero en la nuca, porque se quedaba con frecuencia en éxtasis y, al final, donde se quedó fué en la cama. Aurita Rivas, la delegada de Baleares, es de Zaragoza, lo cual no la obligó ni un momento a ser buena marinera, aunque lo fué en bastantes ocasiones y en todas se portó casi, casi como Agustina de Aragón. María Antonia Martí, instructora de música en el Castillo de la Mota y jefe de coros en el viaje, es una chica catalana criada en el Protectorado y que vive desde hace años en Málaga. Habla el catalán perfectamente, pero tiene un acento perchelero que hace mucha más gracia cuando ella declara haber nacido en Barcelona. María Antonia —a quien llamábamos «Musiquita»— confesaba en catalán y en malagueño lo que todos veíamos en castellano: que estaba como un trompo. Yo me mantuve en la silla, pero más que nada por el sentido del honor, y si ustedes prefieren la interpretación materialista de la historia, porque literalmente me empapuzaba con migaja de pan, lo cual contribuyó a solidificar mi estómago.

En las demás mesas ocurría tres cuartos de lo mismo. En la de Baleares comían ocho chicas sobre dieciséis; tres en la de Torrelavega, y hubo días que en la de Murcia no llegaron a cuatro. No me arriesgué hacia el bar o la varanda de estribor, de manera que no sé cómo lo pasaron en las demás mesas, aunque me lo supongo.

Finalmente, escampó y la primera maña-